du Roy, absorto en ver á Lazarine, no probó bocado.

XII

Serian las dos de la tarde cuando dejaran la encrucijada de los Caballeros y tomaron el camino de la posesion del marqués, situada á ocho ó nueve kilómetros del sitio donde se habia verificado la caceria.

Ya sabemos que el castillo de la Tour du Roy era una residencia cuyas maravillas arquitectónicas merecian seguramente los honores de una descripcion minuciosa; pero no queremos entretener á nuestros lectores con largas descripciones, y nos contentaremos con dar á conocer un sencillo cróquis, indispensable por otra parte, porque el castillo servirá de teatro á alguna de las importantes escenas de nuestro drama.

Una cuádruple avenida de tilos seculares, cuya longitud era de un cuarto de legua, partia de la calle principal y conducia á una verja de hierro con dos preciosos pabellones que servian de habitacion, el de la derecha al portero, y el de la izquierda al guarda mayor del monte.

Del otro lado de la verja, coronada por un

gran escudo del marqués de la Tour du Roy, comenzaba una ancha y sinuosa calle, que se extendia á lo largo de prados sembrados de árboles gigantes, y terminaba en el patio principal del castillo.

Cuatro escaleras á la italiana, en doble rampla, llenas de estátuas, daban acceso á una espaciosa terraza que ocupaba todo lo largo de la fachada y sus dos alas.

Las puertas-ventanas de la planta baja se abrian á aquella terraza, desde la cual se podia abarcar con la mirada un extenso panorama por demas variado y pintoresco.

El castillo, construido bajo el reinado de Luis XIII, ofrecia, así como el hotel de Orleans, el admirable gusto y estilo de la época.

El grandioso vestíbulo, con baldosas de mármol blanco y negro alternativamente, como un juego de damas, estaba cubierto de tapices de los Gobelinos hechos expresamente para la casa Tour du Roy, llevando su blason y dados por Luis XIV á un antepasado del marqués.

A la izquierda de aquel vestíbulo, se encontraba el comedor, comparable únicamente al del castillo Maison-Laffite, y adornadas sus paredes con ricos lienzos representando las cuatro estaciones.

Un salon de billar, otro de fumar, una biblioteca y un salon-teatro de dimensiones reduci-

das, pero de incomparable lujo, seguia al comedor.

Cuatro salones seguidos, dignos del palacio de Versalles ó de Fontainebleau, constituían en la parte derecha del principal cuerpo del edificio, las habitaciones de recepcion, y en los cuales cabia holgadamente toda la aristocracia de los contornos.

Una escalera monumental ponia en comunicacion la planta baja con el primero y segundo piso, de los cuales omitimos toda la descripcion. Bastará decir que el castillo de la Tour du Roy podia ofrecer, llegado el caso, completa hospitalidad á mas de sesenta convidados.

La segunda fachada del castillo recibia la luz directamente del parque, aquel famoso parque de cincuenta hectáreas, rodeadas de muro y de saltos de lobo, fértil en ciervos y corzos, y del que el viejo servidor del marqués habia hablado con tanto entusiasmo al teniente Marcelo Laugier al principio de esta novela.

A la izquierda, y separados del castillo por inmensas praderas, en que los potros de pura raza y su madre, pastaban y saltaban en completa libertad, se veían las caballerizas, menos grandiosas, pero no menos señoriales, que las de Chantilly.

Las cuadras, cocheras y almacenes, formaban una pequeña aldea en aquel parque.

Debajo de las ventanas habia *massifs* de flores raras, prodigiosa variedad en plantas, lagonias con sus hojas de terciopelo con filetes plateados, dracenas, phormiuns, tenax, araucarias enanas con sus ramas llenas de espinas, caladiriums, aruns, cannas, y cien otras, dejaban ver la riqueza que solo podia tener el millonario dueño de aquella régia morada.

Al echar pié á tierra, cerca de la doble escalera que conducia á la terreza, Lazarine experimentó una emocion pasajera, pero profunda.

Aquella jóven, que creia conocer los refinamientos de la alta sociedad, no habia soñado nada semejante á lo que veían sus ojos. La union de una soberana majestad con una exquisita elegancia, hería por primera vez su vista y su fantástico pensamiento.

La cómoda existencia de los grandes señores habia sido para ella hasta aquel dia desconocida.

En un minuto comprendió instintivamente, ó mejor dicho, adivinó lo que no sospechaba.

Durante algunos segundos, Roberto de la Tour du Roy le pareció un sér sobrenatural.

No necesitamos añadir que ningun signo exterior hizo traicion á sus pensamientos, y que el observador mas perspicaz no hubiera podido leer en su rostro lo que pasaba en su alma.

El marqués propuso que las jóvenes fueran